

CUATRO POEMAS Y TRES CUENTOS

JUAN CARLOS SARAVIA VARGAS

Dos poemas y un cuento para una niña que no teme a las arañas

Gracias

Niña, te doy gracias
por prestarme valor para enfrentar las cucarachas
y por enseñarme a leer lo que escriben
con paciencia en sus redes las arañas.
Gracias por hacerme ver
que todo es un gran lienzo
donde se puede pintar, escribir y dibujar.
Niña, te agradezco
que me hayas recordado que “Na”
no sólo significa sodio, y que el odio
es otra conducta aprendida
que debería ser “desaprendida”.
Cuando te preguntan tu edad, siempre respondes “¡Dos!”
Joven maestra, gracias a ti contemplo maravillas,
lo nunca visto: un limón piloto, un pez con tos.
Apareces y desapareces entre risas,
conoces el lenguaje de los gatos
y dominas el arte de andar con mis zapatos
o con los de tu mamá, quien mira dulcemente

cuánto has crecido de repente
ya que alcanzas las repisas
(¡Qué importa, que el jarrón se haga trizas!)
El verdadero tesoro no es ése, sino el que se mueve.
“¡Cayó Mono!”, gritas en el suelo, aún si duele.
Me esperas en la noche para que narre, recite o cante
y cuando creo que duermes en paz
doy gracias al escuchar tu vocecita, suave,
que en un susurro pide: “¡Más!”

Lara, la gata

Lara, la gata, levanta la cola
viene corriendo
y se asusta sola.
Pide comida;
se la come toda,
luego se enoja y persigue su sombra.

Lara maúlla, se lame los bigotes,
salta y se esconde
entre dos almohadones.
En secreto te dice su nombre:
Larapéndulamariamiliminamatildajolieleeloo.
porque quiere que lo repitas tú.

Con su patita
la mano te toca.
Ay, pobrecita:
¡Lara está loca!

El shogun y los guerreros samurái

Hace mucho tiempo, en una región del Japón, un shogun estaba muy preocupado porque los campesinos se levantaban continuamente en contra de los guerreros samurái del reino. Campesinos y samuráis

peleaban por aquí y por allá y, por supuesto, las insurrecciones concluían con derramamientos de sangre que al monarca le parecían innecesarios.

Con el fin de encontrar una solución, el shogun llamó a los sabios de todo su reino y los hizo sentar sobre cojines en diez filas de siete en fondo delante de sí, para escuchar lo que cada uno tenía que decir.

—El respetable shogun debe forjar mejores armas para los samuráis—aconsejó un viejo maestro budokan, —de esta forma, el miedo llenará los corazones de los campesinos cuando éstos contemplen la belleza de las nuevas katanas y la solidez de los recién pulidos kabutos. Sin duda, eso acabará con las peleas.

Los demás sabios miraron al budokan y luego al shogun. El shogun miró al budokan y luego a los sabios. El budokan, avergonzado, hizo una reverencia y cerró su boca. El siguiente sabio habló:

—Lo mejor es promulgar un edicto para desterrar a los labradores que usen como armas los azadones o las varas para azotar a las bestias—recomendó un maestro de teatro Noh, engreído y tan lleno de sí mismo, que no se percataba de las burlas que recibía de los demás cortesanos mientras hablaba.

Los demás sabios miraron al maestro de teatro Noh y luego al shogun, quien, a su vez, miró al maestro de teatro y luego a los sabios. El maestro de teatro hizo una reverencia y cerró la boca. Así, siguiendo una jerarquía rígida como la legendaria Kemono no yari, la lanza milenaria que mantuvo al demonio Nagatobimarusama clavado en un bloque de piedra durante un siglo, uno por uno, los consejeros presentaron una solución. No obstante, cada idea que se escuchaba resultaba más ridícula e inútil que la anterior y la reunión comenzó a extenderse demasiado, tanto, que los consejeros propusieron, discutieron, revisaron y desecharon las ideas por más de diez horas, sin lograr ponerse de acuerdo.

En la última fila, Kimu Taku, el célebre maestro de la ceremonia del té, aburrido por la discusión que se tornaba más amarga que la verde bebida que él enseñaba a servir, fue cerrando los ojos hasta que se quedó dormido.

—¡Mira, Kimu Taku se durmió! —dijo por lo bajo Morita san, el maestro de ikebana, al maestro de taiko a su derecha. El músico percusionista, cuyo estómago era tan grande como su instrumento, repitió el mensaje al sabio astrólogo a su derecha: —¡Mira, Kimu Taku se durmió! Y así, poco a poco, las cuatro primeras filas de atrás hacia adelante contenían risitas mirando al maestro de té, quien dormía enroscado como un gato sobre el tatami.

—Es claro que la solución al problema del país no se encuentra dentro de los corazones de los maestros que han hablado, —aseveró el shogun con cierto pesar por las deficiencias de su corte y, considerando llamar a un sacerdote para conjurar a los sabios ya fallecidos, continuó: —debemos ahora prestar oído a la voz de los que duermen...

Los sabios de las cuatro últimas filas se encontraban tan distraídos que, al escuchar la palabra “duermen”, pensaron que el monarca hablaba del maestro de la ceremonia del té, quien en ese punto soñaba que el shogun lo había elevado al rango de emisario y lo había enviado a China para perfeccionar sus conocimientos en el arte de servir el té verde.

—¡Anda, despierta ya, Kimu Taku! ¡El honorable shogun desea escuchar tu opinión!—dijeron al dormido maestro el gordo experto en taiko y el hábil florista, al tiempo que lo sacudían por los hombros para sacarlo de sus sueños.

Kimu Taku despertó confundido y, al verse frente al monarca y rodeado por todos los sabios, se figuró que seguía soñando, así que agradeció al shogun por haberlo convertido en emisario:

—Kimu Taku agradece profundamente este inmenso honor que el respetable shogun confiere a su humilde siervo. Se sabe que en China, tras dedicarse de lleno al estudio, los emisarios pueden perfeccionar su arte y, al volver, prestarán un valioso servicio al país, al convertir la amargura en bálsamo de salud mediante la elegancia y el orden...

Por supuesto, con “amargura”, “bálsamo de salud” y “elegancia y orden”, Kimu Taku hacía referencia al té verde y la rigurosa ejecución de la ceremonia para servirlo, pero nadie en el salón comprendió lo que él quiso decir. Sin embargo, el shogun, malinterpretando el inapropiado discurso de agradecimiento del maestro de la ceremonia del té, riñó a los demás consejeros:

—¡Todos ustedes me han hecho perder tiempo! Es claro que debí haber preguntado al honorable maestro del té primero. No sólo habla él con más respeto que todos ustedes juntos, sino que su consejo es el más sabio. Por lo tanto, se hará lo que él ha indicado. Enviaremos guerreros samurái a China para que perfeccionen su arte, de tal forma que, cuando regresen a nuestra tierra, presten un valioso servicio volviendo la amargura de las peleas en bálsamo de salud para el país por medio de la elegancia y el orden.

Con sinceridad, los demás sabios felicitaron al confundido Kimu Taku, no tanto por respeto, sino por el alivio que sentían, ya que la extensa reunión por fin había terminado. Sin perder tiempo, el shogun hizo enviar a dos de sus guerreros samurái a China. Allí, los emisarios fueron entrenados en difíciles técnicas de combate, como el arte de arrebatarle el bambú a un panda que come y la defensa sobre la Gran Muralla. Tras intensos años de entrenamiento, los guerreros dominaron las técnicas chinas y regresaron al Japón. El shogun, complacido de tenerlos de vuelta, ordenó que se les proveyera de todo lo que necesitaran para poner en práctica sus conocimientos y así resolver los problemas del reino.

Transcurridos unos meses del regreso de los guerreros samurái, el shogun, atribulado porque los campesinos continuaban sublevándose, hizo llamar a los emisarios para que le rindieran un informe de sus progresos. El primero habló, resentido:

—Honorable shogun, he hecho mi mejor esfuerzo por utilizar mis conocimientos al servicio del país, mas no he alcanzado el éxito. Yo estudié el difícil arte de batallar contra los mongoles colgado de la Gran Muralla y, al llegar a Japón, entrené a trescientos guerreros en esta técnica de combate.

—Es un arte impresionante, sin duda, —replicó el shogun, pensativo, —pero dices que has entrenado a trescientos. ¿Qué, pues, ha impedido tu éxito?

—Honorable señor, cuando sabemos de alguna insurrección, procuramos emplear nuestros conocimientos de combate. Como en Japón no tenemos la Gran Muralla, todos nos hacemos colgar del techo de las pagodas, esperando que los

campesinos intenten escalarlas para combatirnos. Sin embargo, oh, gran shogun, los campesinos rehúsan subir por las paredes y más bien corren por los caminos mientras nosotros los esperamos pacientemente en silencio, colgados en las paredes como cigarras en verano.

El shogun hizo una mueca de disgusto, pero no pudo pronunciar palabra alguna porque el otro emisario habló:

—Honorable shogun, mucho me temo que mi situación es igual. Yo estudié la técnica de cómo quitar el bambú a un panda que come. Sin embargo, aunque en China fui el mejor estudiante, aquí en Japón me ha resultado imposible aplicar mi conocimiento. Desde que regresé, he buscado un panda por todo el reino y le puedo asegurar que en el país no vive ninguno de estos animales. Aún así, traté de emplear mis habilidades con un tanuki que encontré por casualidad durante una de mis tantas búsquedas. Me aproximé sigilosamente a él mientras comía y traté de arrebatárle el bambú antes de que lo comiera. Sin embargo, fracasé porque, en lugar de bambú, el tanuki comía una araña grande como una mano. De hecho, los tanuki parecen comer todo tipo de raíces e insectos, pero no tocan el bambú: jamás vi uno tomando un trozo, ni aun ofreciéndoselo yo.

El shogun gruñó y, visiblemente molesto, preguntó:

—¿Y qué sugieres que yo haga al respecto?

El emisario contestó con audacia:

—Ya hemos gastado todo el oro que el shogun nos envió tratando de entrenar liebres, gatos y osos para que coman bambú sin éxito. Preste oído, pues, a mi consejo, señor shogun, y haga traer pandas de China. Sólo así podré aplicar mis conocimientos en favor del reino.

El monarca abrió la boca para contestar, pero el emisario que se colgaba de las pagodas lo interrumpió con su propia petición:

—Aproveche, señor, y haga construir un muro, como la Gran Muralla, para que así yo también pueda poner mis artes efectivamente a su servicio.

Al escuchar esto, el shogun bufó como un toro herido y gritó:

—¡Saquen a estos dos bakamonos del país y no los dejen entrar jamás! ¡Quiero que esta historia se narre en cada rincón del reino!

Atendiendo el decreto del shogun, quien, enfundado en su kimono, agitaba furiosamente sus brazos y parecía un pájaro enorme, narradores expertos se sentaron sobre cojines en cada esquina para contar periódicamente la historia de los dos samurái desterrados, ahora convertidos en ronin sin honor.

Al principio, los campesinos lanzaban miradas recelosas a los narradores apostados en las esquinas. Sin embargo, cautivados por la narración, los campesinos creyeron que se trataba de comedia rakugo y rieron a más no poder. Con júbilo que nadaba en sus corazones como las carpas de los estanques, gritaron complacidos: —¡Larga vida al honorable shogun, que envía maestros comediantes para alegrar a sus siervos! De esta forma, para tranquilidad del shogun, cesaron las insurrecciones en todo el reino.

Se dice que la paz, cual grulla de la buena fortuna, descendió en el país y anidó por siempre allí, cobijando con sus alas las tres dinastías que sucedieron al shogun. Los ronin vagaron por todas las islas del Japón, buscando aplicar sus

conocimientos sin éxito hasta que la muerte los recibió. Y Kimu Taku, de acuerdo con los ancianos, aún sirve el té con elegancia en lo alto, entre las estrellas.

Dos poemas de angustias contemporáneas

No

No me den más frutas,
si no han de tener semillas.
Esta naranja artificial
al refresco en polvo sabe igual.
No quiero frutas sin semillas.

No me llames para conversar
por medio de un teléfono celular,
impulsos eléctricos no quiero escuchar;
no se comparan a tu voz de verdad.
No me llames para hablar por celular.

No me vendan el atardecer pintado
en alta definición dentro de una pantalla,
mil veces prefiero abierta una ventana
que un sol frío en LCD confinado.
No quiero el ocaso cual un pez atrapado.

No me juzgues un amigo desleal
porque no te sigo en una red social:
Amigos de clic hay por veintenas,
¿cuántos vienen cuando te azotan las penas?
No me cambies por una palmada virtual.

Traición en Facebook

Una tenaza ardiente atrapó mi garganta
y, con placer sádico, de golpe se cerró.
Mi corazón que, atribulado, ya no aguanta
con un crujido, en dos se dividió.
El bálsamo del tiempo no enfría
la herida cruel que se abrió en mi alma
y la noche, caminando con calma,
cede el paso a un nuevo día.

Ya está amaneciendo...
y yo entre likes sigo aquí muriendo.

La ironía de la autocrítica en dos cuentos cortos-cortos

Material inútil (Viernes 18 de enero de 2013)

La fecha límite para la publicación se le había venido encima a Pablo. Tenía que enviar sus historias el lunes siguiente y todavía no había finalizado ninguna.

Por supuesto, el escritor había trabajado en un par de proyectos antes de que el año llegara a su fin, pero las fiestas, con su tintineo de copas, pasos de baile tentadores y hermosas flores de fuego tiñendo el cielo nocturno, habían impedido que continuara su labor.

Ahora, el estrés, un gigantesco simio bien apostado sobre las clavículas del atribulado autor, se dedicaba a ahuyentar con violentos manotazos a las musas.

Para empeorar la situación, al iniciar su computador portátil, Pablo recibió una preocupante alerta sobre virus infectando el disco duro y empleó algo más de tres cuartos de hora poniendo en cuarentena una serie de archivos con nombres crípticos que jamás había visto.

El antivirus por fin se cerró y el escritor se dispuso a trabajar. Apretó los ojos para darse valor y giró sus hombros un par de veces (el descomunal primate aún seguía ahí). Cuando abrió los ojos, su mirada se posó en un archivo con un nombre ridículo. “¿Pero qué demonios es esta estupidez?”, se dijo irritado y procedió a borrarlo.

Se detuvo justo a tiempo: el archivo con el título desabrido era uno de los dos cuentos en que había estado trabajando un mes atrás.

Rivalidad (Miércoles 7 de marzo de 2001)

María acababa de ingresar al Colegio Universitario de Cartago. Dado que su clase empezaba en dos horas, la joven estudiante de secretariado decidió ingresar a la biblioteca. Para concentrarse mejor en su lectura, eligió una silla en la esquina más alejada de la entrada.

Tomó uno de los libros de su curso y comenzó a leer, pero, por el rabillo del ojo, no pudo evitar notar a una atractiva muchacha sentada tal vez un par de mesas a su izquierda. Estaba elegantemente vestida y su actitud denotaba un aire de superioridad que incomodó a María, quien, orgullosa, decidió ignorarla. Sin embargo, las incisivas miradas de la joven atractiva la irritaron a tal punto que por fin volvió la cabeza para enfrentarla.

La joven estudiante de secretariado se ruborizó al ver que la altiva muchacha, con quien se había enfrentado tácitamente durante cinco minutos jamás había estado allí. Se trataba solamente de su propia imagen reflejada por uno de los espejos en la pared de la biblioteca.